

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Colina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 23 DE JUNIO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3

NUM 661

AVISO IMPORTANTE

ANTONIO GARRO

Liquidación de todos los géneros a la mitad de su precio a favor de los veraneantes: solo por quince días.

DE ACTUALIDAD

Un gran ejemplo

El Ayuntamiento de Cartagena, que en cuestiones de enseñanza viene ofreciendo a todos los demás de España ejemplos que le honran sobramanera, como honran la cultura de la ciudad vecina, acaba de ofrecer otro nuevo y relevante de su amor a la educación popular.

Ha acordado dicha corporación subvencionar a dos ilustrados profesores de Cartagena, los Sres. Martínez Muñoz y Martí Alpera, para que realicen un viaje al extranjero y estudien en él los novísimos métodos pedagógicos seguidos en las naciones más adelantadas.

Hasta ahora, ni el Estado, ni corporación alguna de España, había subvencionado en ningún tiempo a los maestros para que realizasen estudios pedagógicos en el extranjero: la gloria de esta iniciativa, dentro de nuestra nación, corresponde a Cartagena, como le corresponde entre las poblaciones españolas la de haber sido la primera en implantar la enseñanza graduada.

Se ha inspirado el Ayuntamiento de Cartagena, en las prácticas seguidas en el extranjero: de América y del Japón vienen a Europa maestros, a fin de recoger en Suiza y Alemania, naciones que marchan a la cabeza del movimiento pedagógico en el mundo, notas sobre el progreso escolar.

¿Quién negará a Cartagena el timbre honorífico de ser la primera ciudad de España en cuestiones de enseñanza, mereciendo por ello el aplauso y las felicitaciones de todos los españoles amantes de la cultura patria, cuyo edificio ha de tener necesariamente por cimiento la educación e instrucción del pueblo?

Al Ayuntamiento y pueblo de Cartagena enviamos el testimonio sincero de nuestra admiración por sus generosos entusiasmos y su hermosas iniciativas, y al señalarle como alto ejemplar que imitar, nos complacemos en tener por vecina y hermana a tan culta y progresiva población.

PLUMAZOS

Igualdad ante el dolor.

Las grandiosas fiestas de Londres, para la coronación de Eduardo VII, han tenido que suspenderse indefinidamente, a causa de la dolencia gravísima que aqueja al soberano.

La decepción habrá sido enorme para la inmensa multitud de torasteros que se disponían a contemplarlas, pero el destino lo ha dispuesto así: la naturaleza de los reyes, tan deleznable como la del más misero vasallo, ha sufrido rudo quebranto en la augusta personalidad del monarca inglés.

La igualdad ante la fortuna, es tan solo una utopía irrealizable: la igualdad ante la ley, una mentira en la práctica: pero de la igualdad ante el dolor a nadie cabe la más mínima duda, y no deja de ser esto un consuelo para los humildes.

La desgracia se ceba hoy en el rey de una poderosa nación, y a su influjo irresistible la coronación se aplaza, las fiestas se suspenden, regresan las misiones y desfila la enorme muchedumbre de extranjeros.

INSTANTANEAS

Diálogos sueltos

—¿Qué te parecen, Bruno, los festejos del barrio de San Juan?

—¿Qué me han de parecer! El entusiasmo día por día para abajo va.

—¿Recuerdas nuestros tiempos?

—Nuestros tiempos...

—¿Esas no volverán!

—Aquel ir y venir de varios días, aquel abolear,

aquellas francachelas tan sabrosas...

—¿Esas no volverán!

—Hoy te vas por el barrio y no te encuentras ni una reunión con falda de percal,

y ni un acordeón ni una guitarra se oye apenas tocar.

Aquellas buenas mozas de mis tiempos,

¡qué mozas!

—Camará,

si que tu te remontas; ¡esas, esas si que no volverán!

—Hombre, no soy tan viejo; porque Lola

no era mayor de edad,

y bailaba conmigo el *agarrao*

con derroche de sal.

Luego tienes aquí tanto *asawra*

y tanto hijo de Adán

que tienen los alientos de un mosquito

y no sirven *pa ná*

y ya ves, este año ni una bronca,

ni una bala perdida como atrás,

ni siquiera un herido de estacazo...

¡esto no es fiesta ya!

Antes se divertían las personas

pacíficas y honras,

yendo por estas calles populares

del barrio de San Juan,

con tres ó cuatro copas del morapio

de menos... ó de más,

y de pronto, dos tiros, tres carreras,

cuatro palos, tres gritos y a gozar.

Esa es la animación y la alegría,

la salsa de la fiesta, esa es la sal;

el año que nos falta ¿qué tenemos?

Pues nada; tres *tocás*,

cuatro golpes de bombo, dos cohetes

y aquí no pasó *ná*;

porque no funcionaron las camillas

ni se aumentó en alguno el hospital.

Faltan aquellos hombres de reñones,

aquellos que supieron disfrutar,

sin ofender a nadie y mucho menos

a nuestra autoridad;

ahora, que se tomaban cuatro copas

y en aquel entusiasmo copioso,

se daban cuatro tiros llanamente,

y aquí no pasó *ná*...

—Dispensa amigo mío; pero esos,

¡esos si volverán!

Plácido Hojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Los melocotones

La primera vez que volví a ver, al cabo de veinticinco años, a mi discípulo Vital Herbelot, fué en un banquete de antiguos alumnos de un colegio de provincias.

Confieso que me sorprendió sobramanera el encontrarle con un Vital Herbelot muy distinto del que había yo conocido en otro tiempo.

—¿Qué ha sido de tu vida?—le pregunté.—¿No eres ya funcionario público?

—No—me contestó—estoy consagrado a la agricultura. Tengo en Chanteraine, a media legua de aquí, una magnífica posesión, en la que siembre trigo y cosecho un vinillo de-

licioso, que te haré probar cuando vayas a verme.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Pero has abandonado la carrera administrativa?

—En absoluto. Las causas más insignificantes producen á veces efectos extraordinarios. Dos melocotones me obligaron a presentar la dimisión de mi empleo.

—¿Dos melocotones?

—Ni más ni menos. Cuando hayamos tomado café te contaré todo eso, si te dignas acompañarme á Chanteraine.

Terminada la comida emprendimos la marcha, y Vital comenzó su relato en los siguientes términos:

—Ya sabes que para mi padre no había nada comparable con la carrera administrativa, y que al obtener yo el bachillerato me hizo entrar al servicio del Gobierno. Pues bien. Me distinguí tanto en mi destino, que al cabo de algunos años, el director de mi oficina solicitó mis servicios á su lado. Se hablaba de micomode un futuro empleado superior y todo el mundo me auguraba un brillante porvenir.

Entonces me casé con una mujer muy buena y muy hermosa, pero pobre. No hubo amigo que no me dijera que había hecho yo una solemne tontería. Sin embargo, como mi mujer es muy económica y vivíamos modestamente con mi sueldo, la gente de la localidad se dignó seguir recibiéndonos con la mayor afabilidad del mundo.

Mi director era hombre rico y le gustaba hacer buen papel en sociedad, dando comidas y recepciones á las que solía convidar á las familias de los funcionarios y de las personas notables de la ciudad.

Al cabo de un año de matrimonio, mi mujer estaba en cinta, y aunque hubiera yo preferido quedar en casa á su lado, me vi obligado á asistir solo á las fiestas de mi director, porque éste no admitía excusas de ningún género y necesitaba el concurso de sus empleados.

En cierta ocasión dió mi jefe un gran baile y no tuve más remedio que ponerme el frac y acudir á la fiesta.

Al salir de casa me dijo mi mujer: —Sé que habrá una espléndida cena y que á los postres se servirán magníficos melocotones que han costado á razón de tres francos cada uno. ¿Serías capaz de traerme un melocotón?

Le contesté que la cosa era en extremo difícil, sin correr el riesgo de que alguien me viese.

—No lo creo—me replicó mi esposa.

—En medio de la confusión de los convidados, puedes ocultarlo con disimulo. Vaya, hijo mío, no me niegues este favor. Es un deseo, un capricho propio de mi estado. Júrame que me traerás un melocotón.

—Veremos—le contesté.—Haré lo posible por complacerte.

—Quiero que lo jures.

—Pues bien, lo juro.

¡Magnífico baile! Una orquesta excelente y por todas partes flores riquísimas y mujeres elegantes.

Allí estaban el prefecto, el presidente del tribunal, los oficiales de la guarnición y todos los funcionarios de la administración civil.

Mi director no había omitido nada á fin de dar el mayor brillo á la fiesta, de la que hacían los honores su esposa y su hija.

A media noche se sirvió la cena, y los invitados pasaron por tandas al comedor. Al entrar dirigí una mirada á los preciosos melocotones que ocupaban el centro de la mesa, colocados en una cesta de porcelana de Luneville.

Cuando los concurrentes, solicitados por un preludio de la orquesta, se precipitaron en el salón, aun quedaban seis melocotones en la cesta.

Seguí á la multitud, pero á los pocos instantes volví al comedor en bus-

ca de mi sombrero, que expresamente había dejado en una mesita.

Los criados estaban ocupados en retirar la vajilla y hubo un momento en que me encontré solo. No había ni un minuto que perder. Después de haber mirado á uno y otro lado, me acerqué á la cesta de porcelana y cogí dos melocotones, que metí en mi sombrero. el cual apoyé contra mi pecho por la parte de la abertura.

Mi plan consistía en retirarme sin despedirme, para llevar victoriosamente á casa los dos melocotones.

Pero la cosa no era tan fácil como supuse en un principio. Acababa de empezar el cotillón y la sala estaba llena de parejas, por entre las cuales debía yo de pasar irremediamente.

Me decidí al fin, tratando de deslizarme como una culebra; más al llegar á un sitio inmediato á la puerta, me encontré ante un grupo que estaba organizando una nueva figura. Una de las señoras debía tener un sombrero en la mano para ponérselo al caballero con quien deseaba bailar. Apenas había dado yo dos pasos, cuando la hija de mi director exclamó:

—¡Un sombrero! ¡Hace falta un sombrero!

Al mismo tiempo que me vió, me dijo: —Llega usted á punto, amigo Herbelot. Deme usted...

Antes que hubiese podido yo pronunciar una palabra, se apoderó tan bruscamente de mi sombrero, que los dos melocotones rodaron por el suelo. ¡Ya ves el cuadro! La sangre se me heló en las venas. Todo el mundo se echó á reír; mi director se puso muy serio y las personas graves me señalaban con el dedo. Me flaqueaban las piernas y hubiera vendido mi alma al diablo por encontrarme en la calle.

La hija de mi jefe se mordió los labios para no soltar la carcajada, y de volviéndome el sombrero, me dijo en tono irónico:

—Recoja usted sus melocotones, amigo Herbelot.

Confuso y avergonzado me retiré presuroso, con la muerte en el alma.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en la ciudad, y cuando entré en mi oficina, mis compañeros me dijeron á coro: «¡Herbelot, recoja usted esos melocotones!»

Además, no podía pasar por la calle sin oír estas palabras: «Ése es el de los melocotones». Mi situación era insostenible y no tuve más remedio que presentar mi dimisión.

Un tío de mi mujer tenía una finca en los alrededores de mi pueblo natal. Le supliqué que me utilizara como auxiliar, y habiendo accedido á mi deseo, nos establecimos en Chanteraine.

Me puse á trabajar como un condenado y en poco tiempo llegué á ser un agricultor de primer orden. Y tanto prosperó la finca, que á su muerte nos la legó nuestro tío en su testamento. Después la puse yo en el estado floreciente que vas á ver dentro de poco.

Llegamos á Chanteraine y entramos en la posesión por una huerta llena de árboles frutales, en su mayor parte melocotones.

—Ya ves—me dijo Vital Herbelot—que rindo culto á los melocotones, á los que debo mi felicidad. Sin ellos no sería yo á estas fechas más que un modesto empleado, desprovisto de los medios necesarios para vivir con desahogo, al paso que ahora estoy en condiciones de realizar el más frívolo de mis caprichos.

En aquel momento oí la alegre risa de los hijos de mi amigo, que jugaban en el interior de la casa.

En una de las ventanas del piso bajo se presentó á los pocos instantes madame Herbelot, hermosa y agradable, como fruta madura y dorada por la ardiente luz de un magnífico sol del mes de Agosto.

Andrés Theuriot

CRONICA TAURINA

El «Mancheguito».—Toros en Vinaroz

Tenemos colocados en los sitios de costumbre los carteles anunciadores, de la corrida que se ha de celebrar el día 6 del próximo Julio en nuestro circo taurino.

Jerezano y Mancheguito, son los dos contratados, como matadores de alternativa.

También está contratado como sobrasaliente el valiente Almansano.

Los tres son bien conocidos de nuestro público y por esta causa solamente creo oportuno dar algunos pequeños apuntes de ellos, dando principio con Mancheguito.

Cándido Martínez nació en Albacete el día 1.º de Febrero del año 1868.

Jóven todavía entró en el Matadero en donde debió acostumbrarse á tratar con reses mansas y bravas.

El año 1885, la familia del Mancheguito, anunció una corrida en la plaza de toros de Yecla; cuando llegó la cuadrilla y vió el ganado que les tenían preparado, se negaron á torear; como es de suponer no había tiempo de traer otros, y era una lástima perder una gran entrada; en este disgusto estaba el padre de Cándido, cuando este se presentó diciendo que él se comprometía á matar la corrida.

El padre de este novel torero quedó sin saber qué decidir, pero en vista de la gran contrariedad, se anunció que el jóven Cándido, hijo del empresario, mataría los cuatro pavos.

La plaza se llenó completamente, y el Mancheguito cumplió lo ofrecido en medio de grandes ovaciones.

Su fama se extendió por todas partes y las empresas se portaban su contrato, habiendo toreado en las principales plazas de España.

En Madrid toreó por vez primera el día 8 de Septiembre de 1889; en este circo taurino ha cosechado muchos y merecidos aplausos.

Cándido es un torero que está puesto á prueba; las cogidas que ha tenido todas fueron de importancia, siendo las más graves, las sufridas en las plazas de Tarazona, Murcia y Madrid.

Como novillero ha toreado muchas corridas; en Alcoy, Cartagena, Palma, Barcelona, Madrid, Murcia, Villarrobledo, Cuenca, Tarazona, Almansa, Abarán, Cieza, La Unión, Valencia y otras plazas no olvidan á este valiente diestro, que hoy sería el que más corridas torea si los consejeros que tiene, no le hubiesen anulado, haciéndole tomar la alternativa.

Desde la época en que se hizo matador de cartel ha toreado pocas; esto le hizo á este valiente diestro perder la calma y metiéndose en Albacete ha esperado que las empresas le llamasen.

Mancheguito salió después de Albacete y se estableció en Madrid, dispuesto á luchar con los toros como lo hizo en sus mejores tiempos; hoy tiene algunos contratos firmados.

Pronto podremos apreciar si es el valiente de siempre.

Por lo pronto, los aficionados están contentos, porque Mancheguito toree nuevamente en Murcia.

En Vinaroz lidiaron ayer Lozanos; salieron buenos.

Algabeño toreado superior; matando admirable.

Montes solamente cumplió.

Palitroques

Carta de Madrid

24 de Junio.

Sr. Director de El Correo de Levante

El apóstol de la democracia, ha marchado esta mañana á Cercedilla, pintoresco lugar situado en las vertientes del Guadarrama, á descansar unos días de las fatigas del viaje de

